

Cómo Adolph llegó a ser Harpo

Los hermanos Marx eran lo que eran por una infancia llena de ingenio. El supuesto mudo lo cuenta en 'iHarpo habla!', publicado por Seix Barral

Con una peluca, una bocina, un arpa, dos únicas canciones sometidas a múltiples variaciones y una mueca que se repetía en todos los espectáculos y películas, así llegó a hacerse famoso el mudo de los hermanos Marx, Harpo. Por el arpa que había sido de su abuela materna y él había guardado como un tesoro —sin cuerdas—. Su madre terminó comprándole una que de verdad se pudiera tocar y la puso entre sus manos para que amenizara el programa de variedades con el que él y sus hermanos, a veces uno más y a veces uno menos, recorrían el centro y el sur de EE UU antes de llegar a Hollywood.

En realidad debería haberse llamado sólo 'Harp', pero por la época en la que fueron contratados para actuar en el circuito The Pantages —en el que se curtió casi todo el que llegaría a ser alguien—, estaba de moda un espectáculo en el que los personajes acababan en 'o'. Todos los hermanos fueran bautizados al uso: Groucho, Chico, Zeppo, Gummo. Y Harpo. Que se decidió a hablar en *'iHarpo habla!'*, unas memorias muy peculiares, llenas de alegría y emoción, que ahora publica Seix Barral en castellano.

Los Marx eran pobres de soledad. Comían poco, vestían mal y siempre estaban escondiéndose del casero. Los padres tenían los papeles invertidos, según las reglas de entonces. Minnie era enérgica y emprendedora,



Harpo Marx, nacido Adolph, el 23 de noviembre de 1888

ra, y estaba empeñada en llevar a sus hijos al estrellato. Fienchie era un sastre de los que hacían trajes al revés, que cocinaba deli-

cias con cuatro cosas y se encargaba del avituallamiento. También rondaban por los pisos de alquiler impagado el abuelo que no

hablaba inglés pero hacía magia, el tío artista fuente de préstamos, la tía cantante por afición, parejas de parientes que se sumaban a la cena cuando la había. Fuera de aquellas paredes estaba Nueva York; bueno, más bien los barrios de la gran ciudad, divididos según sus habitantes. Ellos habitaban el judío de habla *platt-deutsch*, y por allí andaban los irlandeses, italianos, alemanes, polacos... Todos pegaban a Adolph, o sea, Harpo, que era



Minnie sólo le llegaba para preparar a uno de los hijos para pianista, así que el otro tenía que aprender a escondidas. Y lo hizo. Aunque aprendió con un único dedo y sólo dos canciones. Con el tiempo las tocaría en distintos ritmos y escalas, para que parecieran más. Su mueca más conocida, la de la lengua fuera, los ojos bizcos y las manos a las orejas, la aprendió en la calle, imitando al cigarrero robruto de la esquina.

Todo eso, y mucho más —giras a ninguna parte, camas compartidas entre cuatro hermanos y medio centenar de chinches, escamoteos, pianos de prostíbulo, amigos que luego fueron famo-

Sólo una cosa le daba pena: no haber recordado nunca los tres consejos que le dio un día su padre

muy pequeño de pequeño y de mayor sólo lo era un poco menos. Y encima hablaba en falsete. Sin falsear.

Incapaz de estudiar, con diez o doce años andaba en las calles afanando algo o haciendo negocios. Cada semana tenía un trabajo. Aprendió a tocar el piano escribiendo a su hermano Chico. A

sos, el amor de Susan y sus cuatro hijos adoptados —es lo que cuenta, sin una pizca de tristeza. Sólo una cosa le daba pena: no haber recordado nunca los tres consejos que le dio un día su padre. Y es que éste es un volumen cargado de Marx.

Elena Sierra

Otra mirada sobre Galicia

Después de publicar obras como 'El lápiz del carpintero', '¿Qué me quieres amor?' o la abultada 'Los libros arden mal', Manuel Rivas vuelve a posar su mirada en Galicia, y más concretamente en la evolución del contrabando en su tierra natal

Todo es silencio (Alfagura) es fiel a su título. En un pueblo imaginario de la Costa da Morte impera la ley del silencio porque el poder está en la sombra. Y la sombra es el contrabando, la droga, el narcotráfico... Elementos que parecen haber estado muy ligados a la Galicia de los ochenta y que Manuel Rivas ha querido dibujar en su nueva novela. Pero al contrario del título, Rivas habla sin parar, lanzando las frases como si se le escaparan de la boca, casi sin pensar. Es por ello que a veces su discurso parece alterado por el desorden. Ahora habla de ese lado oscuro del ser humano, más tarde de los héroes anónimos que permitieron que la justicia saliera victoriosa, luego de la mar, siempre presente en el alma de los gallegos. Porque su novela tiene mucho de todo ello.

Rivas ha querido perfilar el poder de la droga en Galicia, donde se pasó del estraperlo, "del contrabando de tabaco que



El escritor gallego Manuel Rivas

durante la posguerra sirvió para ayudar a paliar el hambre y la miseria a la época que todos conocemos en la que los narcotraficantes movían toneladas de droga". Y de cómo acabaron siendo un poder en la sombra que lo contrataba todo. Lo que dice y lo que no se dice". Pero es que según el escritor "no somos conscientes aún de la capacidad de control que tuvo el narcotráfico, del nivel de corrupción que implantó en Galicia. Y luego subraya que a veces los acontecimientos pasan a tal velocidad que nos impiden ver la realidad, "o tener la suficiente distancia como para analizar las cosas con claridad".

Y además, "el poder siempre reclama más poder, y el dinero más dinero, un enriquecimiento a cualquier precio. Y eso fue reduciendo el campo de actuación de la democracia". Fue ampliando el silencio. Porque en "esa sensación de saber quién gobierna pero no quién manda" se movieron muchos gallegos

durante la década de los ochenta. Suerte que Galicia supo activar ese "instinto de supervivencia" que tienen muchos pueblos, y llegado el momento se plantó y dijo "hasta aquí". Y en ese cambio tuvieron mucho que ver las madres, que se atrevieron "a ponerse delante de los juzgados, a hacerles frente a los capos".

El escritor gallego ha querido hablar nuevamente de su tierra, pero sabe que su historia va más allá de Galicia, que lo que narra es "intemporal", que podría haber sucedido en cualquier país, porque lo que ha descrito es el auge de los poderes ocultos, el lado oscuro del ser humano". La literatura sirve precisamente para eso, para "contar aquello que no se podría contar de otro modo. La verdadera sustancia de la novela es el poder". La avaricia, la corrupción, elementos ocultos pero presentes en cualquier democracia, en cualquier tiempo.

Alex Oviedo